

THOMAS MANN: *OCHO CARTAS INÉDITAS* A PIERRE-PAUL SAGAVE

Thomas Mann

Las cartas de Thomas Mann que aquí se leen me fueron dirigidas como respuesta a preguntas previas de orden literario y político que yo le había planteado para documentar ciertos trabajos relacionados con su pensamiento y sus novelas. Interrumpida durante la guerra, esta correspondencia se extiende a lo largo de casi dos décadas, desde los primeros tiempos del exilio hasta los momentos cercanos a la muerte del escritor. La edición de los originales está prevista en el marco de una obra científica de sus escritos. Vayan mis agradecimientos para Katia Mann, quien ha tenido a bien autorizar la publicación de una traducción de estas cartas inéditas.

En 1933 tuve por primera vez la impresión de que Thomas Mann era algo más que un gran novelista. Tras la lectura de su *Montaña mágica* se me reveló como una personalidad históricamente representativa. Publicada en 1924 y concebida como una confesión personal, esta novela tiene el valor de un testimonio, incluso de una predicción y hasta de una interpretación anticipada de esa ola de terror que iba a abatirse sobre Alemania y luego sobre Europa. Al elegir entonces, para la tesis del diploma de estudios superiores, un tema de crítica literaria relacionado con las grandes preocupaciones del momento, emprendí el estudio de las discusiones entre Naphta y Settembrini en la *Montaña mágica*. La eterna discusión entre el principio de autoridad y el principio de libertad (que repentinamente cobró actualidad en 1933) presenta en esta novela el aspecto de una lucha intelectual entre la dictadura totalitaria y la democracia liberal. Al preguntarle a Thomas Mann cuál era el origen de los dos personajes que expresan, cada uno de manera ejemplar una ideología opuesta, me respondió:

Traducción: Adolfo Castañón.

Debemos a la atención del destinatario Pierre-Paul Sagave, germanista muy respetado y profesor de la Facultad de Letras de Aix, la comunicación de estas cartas que él mismo ha traducido del alemán al francés y además ha comentado.

THOMAS MANN

OCHO CARTAS INÉDITAS

Neufchâtel, 30 de enero de 1934

Señor,

Su amable carta me llega en el curso de un viaje. Me habla usted de un proyecto que me da gusto. Efectivamente, estoy convencido de que tal tema puede dar lugar a no pocas reflexiones interesantes. Los personajes de Settembrini y Naphta han salido casi completamente de mi imaginación. Como quiera que sea, algunos puntos de referencia me fueron suministradas por la realidad humana. En cuanto al jesuita con inclinaciones comunistas nunca existió verdaderamente, hasta donde alcanza mi conocimiento. Pero esta amalgama intelectual parece posible y plausible; no quiero otra prueba de ello que la visión tan homogénea del mundo que tiene el señor Naphta. En el plano humano, las personalidades de los dos “emisarios” cuyos modelos muy aproximadamente, lo repito, cruzaron mi camino, resultaron de su actitud mental; en el uno es serena y humanitaria, en el otro ascética y terrorista. Digámoslo mejor: en ambos coinciden personalidad y mentalidad. Ambas se conjuntan en mi imaginación. Sin embargo, en primer lugar y en último análisis, me importaba dibujar seres humanos. En lo que hace a Settembrini en particular, sin sus ideas él no sería el mismo. Pero él mismo es con todo más expresivo y también más divertido que éstas. Acepte los mejores deseos y sentimientos de

Thomas Mann

Thomas Mann se encontraba entonces en el exilio. De viaje por Suiza en 1933 para una gira de conferencias que coincidió con el advenimiento de Hitler al poder, fue objeto de graves amenazas y de una campaña de prensa particularmente odiosa. Su regreso a Alemania apareció entonces como imposible. Su destino hubiese sido la reclusión en un campo de concentración. En forma por demás actual, hubiese sido víctima de esa misma violencia de la que había dado la imagen histórica ideológica en su novela; en efecto, en el personaje de Naphta se condensa el concepto de terror desde la época de la Inquisición hasta los tiempos modernos. En mi estudio me interesaba sobre todo traer a la luz las fuentes lejanas, metafísicas, teológicas, políticas, de las dos ideologías que se enfrentan en la *Montaña mágica*. En su carta, Thomas Mann hace poco caso de los modelos de sus personajes, lo cual me permitiría dar a mi estudio una orientación sociológica más que psicológica. Entre las fuentes directas o indirectas de la *Montaña mágica* yo había estudiado la influencia de autores como San Agustín, Inocente III, San Ignacio de Loyola, Lutero, Rousseau, Goethe, Hegel, Novalis, Dostoievski, Nietzsche, Georges Sorel y Freud, a fin de demostrar el carácter enciclopédico de esta novela. Thomas Mann tuvo la bondad de leer mi trabajo; me dio las gracias así:

Zürich, 18 de enero de 1935

Querido señor:

Mis cordiales agradecimientos por su amable carta y el envío de su trabajo. No pude leerlo de inmediato, pero para mi gran alegría ya he podido conocerlo, y muy sinceramente lo felicito a usted por este éxito. Es un trabajo muy hermoso, a la vez amplio y profundo, y que, independientemente de su tema, merece el reconocimiento que le ha sido otorgado. Créame que cuando veo su trabajo tan claro y tan bien armado, tan notablemente redactado, no me encuentro de ninguna manera fascinado por el tema. Veo en él la prueba de un sorprendente talento analítico. Este trabajo posee incluso una ventaja sobre la materia de la cual ha sido extraído, pues brinda la oportunidad de superar los límites que constituyen una barrera entre el campo literario y los problemas políticos, sociales, morales, metafísicos, digamos más bien: los límites que *no deberían cons* -

tituir esa barrera. Lo cual me permite encarar el problema del humanismo en su totalidad. Admiro la extensión de las lecturas que le han sido de utilidad para cumplir esta tarea. Si yo hubiese leído todos los textos que sustentan su demostración crítica, los diálogos de Naphta y Settembrini hubiesen estado todavía más cargados. Renuevo mi agradecimiento y hago votos por sus estudios futuros.

Su muy atento

Thomas Mann

Juzgando con una benevolencia excesiva este trabajo de principiante, Thomas Mann admitía así, para mi gran alivio, que el enfoque sociológico de la novela era posible y podía contribuir la historia literaria en la historia de las ideas.

Poco tiempo después me proponía yo estudiar ciertos aspectos del protestantismo en las novelas burguesas de Alemania. Le escribí a Thomas Mann para preguntarle en qué medida él se consideraba a sí mismo como protestante. Esta fue su respuesta:

Zürich, 23 de febrero de 1937

Querido señor:

Todos mis agradecimientos por su carta tan interesante. La tarea que se propone usted emprender me parece, a mí también, por demás atractiva en muchos aspectos, y me regocija la perspectiva de leer algún día su trabajo.

No existen relaciones directas entre la iglesia protestante y yo, por eso en mis obras no se da nada parecido. Por otra parte, a lo largo de toda mi existencia me he considerado como protestante, pues el protestante es, a mi ver, el elemento fundador de la civilización alemana, y pienso que Goethe y Nietzsche, ellos también, son protestantes en lo que tienen de esencial.

Además, me creo en el deber de atraer su atención sobre un personaje de mi novela de juventud, Thomas Buddenbrook, en quien este elemento protestante se manifiesta de la manera más clara posible, aunque ahí se trate de

su elemento moral laicizado. En mi libro *Consideraciones de un apolítico*, yo mismo me he visto llevado por las extrañas analogías existentes entre ese personaje de novela y ciertas teorías sociológicas establecidas, en particular las de Max Weber, que tienden a iluminar las relaciones entre el protestantismo y la burguesía capitalista.

Esta indicación acaso le pueda a usted ser de alguna utilidad.

Mis votos cordiales y
mis mejores sentimientos

Thomas Mann

La concepción laicizada del protestantismo en Thomas Mann se presenta en su carta bajo el doble aspecto cultural y social. En la perspectiva cultural, el espíritu de la Reforma sobrevive en el clasicismo alemán que representa de alguna manera la vertiente estética de la libertad cristiana tal y como Lutero la había concebido. En cualquier caso, sólo se le puede dar la razón a Thomas Mann cuando recuerda que el pensamiento laico de un Goethe no es de ninguna manera independiente de cierto vínculo religioso. Además, si Thomas Mann considera al protestantismo como el “elemento de base de la civilización alemana”, recuerda por ende que la acción de Lutero es, ante todo, una protesta contra Roma, contra el poder unificador, simplificador de la civilización latina tanto como de la Iglesia Católica. Desde esta perspectiva, Nietzsche es un alemán protestante, un protestante refractario a la influencia romana al mismo título que Lutero en 1517, Fichte en 1808, y Thomas Mann mismo (en sus *Consideraciones de un apolítico*).

Como Max Weber lo ha demostrado, en el orden social la moral protestante se manifiesta en el comportamiento del *homo economicus*; comportamiento que será puritano y animador de un capitalismo dinámico en la vertiente anglosajona; literario e impregnado de espíritu pequeño burgués y de mentalidad artesanal en la vertiente germánica; en fin, pietista y capitalista regido por el signo de la estabilidad antes que del riesgo en ese ámbito intermedio, entre continental y marítimo, de las ciudades hanseáticas de la Alemania del noroeste, como Lübeck, de donde surgió la familia de Thomas Mann.

La última carta que me llegó antes de la guerra de 1939-1945 ya no evoca cuestiones literarias y sociológicas, sino problemas de una candente actualidad. Dice así:

Arosa, 14 de enero de 1938

Querido Señor Sagave:

Muchas gracias por sus amables líneas. Es para mí una alegría tener noticias de un hombre cuya simpatía, comprensión y lucidez respecto de lo que emprendo aprecio tanto.

El éxito moral de que goza en Francia mi librito *Advertencia a Europa* me trae no poca satisfacción, aunque esté lejos de admirar excesivamente este opúsculo recopilado por el editor o por el traductor y no por mí mismo. Solamente mi correspondencia con Bonn se reproduce completa. Los otros textos son fragmentos extraídos de textos más largos, pues era preciso que este folleto no fuese demasiado voluminoso. El artículo titulado *Advertencia* se titula en alemán *Achtung Europa* (Cuidado, Europa), y fue publicado por un gran número de periódicos. Pero solamente la reproducción de la Basler Nationalzeitung es correcta y completa... Con mis sentimientos amistosamente devotos

Thomas Mann

Ya desde hacía muchos años, Thomas Mann había entrado en el ámbito de los problemas políticos y sociales. Lejos de verse disminuido por preocupaciones que han dejado de ser de índole exclusivamente literaria, su papel de escritor cobró así un relieve muy particular. En vísperas de la segunda guerra mundial, sus advertencias van dirigidas no exclusivamente a los alemanes, sino a un auditorio más vasto, a la opinión internacional. El sentido de sus mensajes sigue siendo el mismo: el liberalismo burgués debe incorporarse una fuerte dosis de equidad social, so pena de ver deslizarse su forma de gobierno hacia los sistemas totalitarios. Sus exhortos, sus invitaciones se dirigen a las democracias occidentales propensas a tratar con el hitlerismo. Los acontecimientos le dieron la razón.

Sólo muchos años después de la guerra fue posible retomar el hilo de esta correspondencia. Con motivo del día primero del año de 1946 le expresé mi gratitud por haber hecho oír su alentadora voz por la radio durante los años sombríos. A mis parabienes, añadía yo dos preguntas, una a propósito de su célebre carta abierta al escritor Walter von Mola en la que Thomas Mann exponía que, por razones de simple decencia moral, se sentía impedido de atender inmediatamente las invitaciones demasiado apremiantes para reinstalarse en una Alemania repentinamente arrepentida; la otra pregunta se refería a las posibilidades de sobrevivencia de un humanismo burgués y de una cultura individualista fuertemente sacudidos después de dos guerras mundiales. Mi carta iba acompañada de un dibujo satírico de mi amigo, el pintor parisino Viveil, intitulado “La crápula apocalíptica”.

Thomas Mann me respondió:

Pacific Palissades, California, 18 de enero de 1946

Mi querido profesor:

Ha sido para mí un gran placer recibir su carta junto con el divertido dibujo inspirado por el giro de una frase extraída de mis llamados al combate. Gracias a usted y felicitaciones para el artista.

Mis 55 mensajes radiofónicos han sido ya editados en volumen. Para mi gran sorpresa no producen un efecto de monotonía, pese a que todos expresan imperturbablemente lo mismo.

En cuanto a mi carta abierta destinada a Alemania, no se la habría dirigido al señor Von Molo si yo hubiese sabido que él le había dedicado al comisario del Reich, Alfred Rosenberg, como testimonio de su “respeto” y de su “admiración”. Pienso que entre quienes han vivido en Alemania nadie ha podido evitar cometer algunas *bassesses*.¹ Pero ésta para mi gusto es demasiado fuerte. En cuanto al fin del periodo burgués de nuestra civilización, se sitúa a mi ver no en 1933 sino más bien en 1914. La sacudida que sufrimos entonces fue provocada por el estallido de una guerra que, desde nuestro punto de vista, marca-

¹ Bajezas: en francés, en el texto.

ba en el plano histórico el fin de un mundo y el advenimiento de otro completamente nuevo. Desde entonces todo es movimiento, sacudida, estremecimiento; y así será durante mucho tiempo.

¿Cómo definir en dos palabras el universo nuevo que saldrá de las luchas y de los espasmos de esta crisis que atravesamos? Esa es una tarea a la cual no me siento llamado en modo alguno, yo que soy el descendiente de un individualismo burgués, yo que por naturaleza tiendo (cuando no me dejo corregir por la razón) a confundir civilización burguesa y civilización sin más, y a considerar como barbarie lo que vendrá después. Como quiera que sea, la simpatía que me liga a la vida en perpetua evolución, esta simpatía me enseña que la antítesis de la “civilización”, tal y como la hemos conocido, no se llama barbarie sino comunidad. A este propósito, pienso en primer lugar en las artes y en las letras. El universo que sucederá al universo burgués sabrá emancipar al arte de su solemne aislamiento, ese *aislamiento que afecta a la cultura porque se emancipó del culto*, porque se elevó al rango de una semi-religión.

El arte y las letras se verán emancipadas de su comercio exclusivo con esa minoría cultivada llama “el público”, una especie que casi ha desaparecido, tanto que el arte se encontrará muy pronto solo, solo para morir, a menos que sepa descubrir la vía que lo conduzca hacia el pueblo, o digámoslo mejor y sin falsos romanticismos, el camino que lo conducirá hacia las masas.

Creo que el ambiente artístico y literario cambiará completamente, resultará imbuido por mucha más serenidad y por una modestia mucho mayor. El arte se desprenderá de sus melancólicas ambiciones y conocerá una pureza, incluso una sencillez y simplicidad nuevas. El porvenir verá en el arte (y el arte se descubrirá a sí mismo en el porvenir como) una fuerza auxiliar al servicio de una comunidad humana que será dueña de bienes más vastos que nuestra “cultura del espíritu”; será una comunidad que no tendrá necesidad de cosechar los frutos de una civilización, sino que será ella misma *la civilización*.

¡Esto es lo que yo llamaría una profecía! Usted la provocó con sus preguntas y al hablar demasiado temo haber dicho poco. No le queda a usted sino contentarse.

Su muy devoto
Thomas Mann

La carta que acaba de leerse revela las preocupaciones de un escritor obsesionado por el temor de que toda creación literaria o artística realizada conforme las normas del individualismo burgués, pueda revelarse como algo imposible en una época crepuscular como la nuestra. Para escapar del aislamiento y de la esterilidad, el arte debe hallar un marco nuevo, debe inscribirse en ciertas normas sociales y espirituales análogas a las normas sociales y espirituales en que antaño se inscribía el arte helénico o el arte medieval.

Entonces me pareció útil intentar, en este orden de ideas, una interpretación de las novelas de Thomas Mann desde una perspectiva ideológica, teniendo en cuenta que Thomas Mann siempre ha tenido la tendencia a explicar la realidad social a través de claves metafísicas; en sus novelas, la vida colectiva no es más que un ensamble, y la cohesión que logra de tal ensamble una sociedad parece debida a la importancia o a la sobrevivencia del vínculo religioso. Tales observaciones me parecieron particularmente valiosas para *Los Buddenbrook*, crónica familiar que es la primera y la más leída de las novelas de Thomas Mann. Retomando antiguos proyectos, escribí una serie de artículos titulados “Actividad económica y conciencia burguesa en *Los Buddenbrook* de Thomas Mann”. El novelista me los agradeció en estos términos:

Pacific Palissades, California, 10 de febrero de 1952

Querido profesor Sagave

Me ha producido una verdadera alegría al enviarme su hermoso estudio “Actividad económica y conciencia burguesa en *Los Buddenbrook* de Thomas Mann”. Su ensayo me parece muy oportuno para conmemorar el cincuenta aniversario de esta novela que ha conocido una carrera tan sorprendente alrededor del mundo entero. Una vez más, me he sentido emocionado e incitado a meditar sobre mi pasado en un idioma extranjero, sobre la obra del joven solitario y melancólico que era yo en la época en que componía este libro. Renuevo mi gratitud y le ruego aceptar mis sentimientos más fervorosos.

Thomas Mann

Animado por estas líneas, decidí ampliar mi investigación a las otras dos novelas sociales de Thomas Mann, la *Montaña mágica* y el *Doctor Faustus*.

Enterado de este proyecto, Thomas Mann me respondió comparando con humor sus tres grandes novelas con las tres óperas de Karl Maria von Weber. Además, yo le había escrito hasta qué punto me había sorprendido la similitud que existe entre ciertas críticas del liberalismo burgués en la *Montaña mágica* y los escritos del constitucionalista Carl Schmitt, especializado en los sistemas de Estado dictatoriales; en efecto, las ideas de este teórico del Estado corresponden a las ideas expuestas en la segunda parte de la *Montaña mágica*. En fin, yo había reparado en algunas semejanzas entre las ideas expresadas por Naphta, portavoz de la dictadura del proletariado en la *Montaña mágica* y los escritos del célebre marxista húngaro Georg Lukács, a quien Thomas Mann conoció personalmente. La respuesta de Thomas Mann a este respecto iba más lejos que mi pregunta, pues pasaba del problema de la semejanza ideológica al problema (que yo me había cuidado de evocar) del parecido “físico” entre Lukács y el personaje de la novela.

Pacific Palissades, California, 18 de febrero de 1952

Mi querido profesor

Ya habrá usted recibido mis agradecimientos por su artículo. Me entero con la mayor alegría que este ensayo sólo constituye el fragmento de un conjunto más importante cuya publicación está prevista para el año próximo y donde ya no sólo será cuestión de los buenos viejos *Buddenbrook*.

Siempre los Buddenbrook, y nada más; “siempre la *Freischütz*, y nada más; no me gusta mucho eso. Después de todo, en *Oberon* y en *Euryanthe* hay una música superior”.²

En cuanto a sus dos preguntas, debo responder negativamente. Ni en el curso de los años veinte, ni antes ni después, he leído los escritos políticos de Lukács, de quien sólo conozco los trabajos de crítica literaria. Ignoraba y la sigo

² Cita de una declaración de Karl Maria von Weber: *Freischütz*, *Oberon* y *Euryanthe*, son óperas de este gran compositor.

ignorando su obra *Historia y conciencia de clase*. En cuanto a Carl Schmitt sólo conozco de oídas sus ideas.

No obstante, descubro que sus preguntas no son tan “torpes” como le dije al principio. Probablemente se podría pensar que estudié estos problemas en la época de la *Montaña mágica*. Algunos casos evocados en esta novela, como la francmasonería o la pedagogía de los jesuitas, efectivamente han sido el objeto de mis investigaciones. Pero la mayoría de estos casos son de mi invención. Es cierto que en aquella época estas cosas andaban en el aire, y ya en mis *Consideraciones de un apolítico* había trabajado este terreno en forma por así decir preparatoria. Le ruego de la manera más enfática que no establezca relación alguna entre Lukács y la *Montaña mágica* ni entre él y el personaje de Naphta. Lukács siempre se expresó con gran respeto sobre esta novela, y probablemente nunca le hubiese venido a la cabeza la idea de que pudiese verse en él al modelo de mi Naphta. En verdad no quisiera que pudiese sugerirse esta idea. El personaje y la realidad son tan diferentes como es posible y, para no hablar de los orígenes y de la biografía, nada tiene que ver con el verdadero Lukács la combinación del comunismo y del jesuitismo que he creado en este libro, y que acaso intelectualmente no es tan mala.

Su atento

Thomas Mann

La insistencia con que Thomas Mann me pidió que dejara fuera del debate a Lukács avivó mi curiosidad y me llevó a hacer algunas investigaciones suplementarias en esta dirección. Si finalmente me pareció necesario insistir en las semejanzas entre Lukács y Naphta, la apariencia física, el arte de la discusión, quizá hasta cierto desviacionismo, subrayé con igual insistencia que una identificación simple y llana del hombre real con la figura literaria no es posible y no pudo formar parte de las intenciones del novelista. Alguna vez Thomas Mann declaró que trabajó con un modelo previo, que se sirvió del modelo para exponer un problema dado que es “tal vez completamente extraño a ese modelo”. La restricción contenida en ese “tal vez” autoriza hasta cierto punto un acercamiento entre el hombre Lukács y el per-

sonaje de Naphta. En todo caso, no es dudoso que la curiosidad del novelista por el movimiento comunista europeo alrededor de los años veinte se haya visto singularmente estimulada por su contacto personal con ese representante eminente del pensamiento marxista.

Algún tiempo después de este intercambio de cartas, mi obra apareció en librerías bajo el título *Realité sociale et idéologie religieuse dans les romans de Thomas Mann*. Rendí mi homenaje a Thomas Mann quien, una vez más, acababa de ser el objeto de mezquinos ataques perpetrados por ciertos críticos literarios alemanes que se pretendían guiados por una profunda espiritualidad. Thomas Mann me lo agradeció en estos términos:

Kilchberg (lago de Zürich), 25 de mayo de 1954

Mi querido profesor:

Recibí su gran estudio *Realité sociale et idéologie religieuse dans les romans de Thomas Mann*, y lo he leído con una profunda atención, cosa que no es tan natural como debería pensarse. Debo decir que por lo general me encuentro algo saturado por las lecturas sobre “mí mismo”, y estoy bastante cansado de todas esas tesis en lengua inglesa o alemana, esas vicisitudes más o menos inteligentes que sólo he llegado a hojear para poder expresar mis agradecimientos con alguna decencia; por otra parte, en tales ocasiones, sufro una suerte de aprensión; temo que ya en vida mía, mis escritos no se vean íntegramente explotados por la crítica, tanto y tan bien que a la posteridad no le quede nada por hacer, y que a mi muerte mi gloria esté consumida y consumada, y se dormirá para siempre al mismo tiempo que yo, lo cual habrá de probar entonces que yo era un escritor demasiado conforme, demasiado encadenado a mi época.

Pero al mismo tiempo, me siento aliviado y consolado al recordar hasta qué punto mi “caso” es discutido; son muy numerosos los que no quieren saber nada de mí y que por lo demás no saben verdaderamente nada de mí, los que se contentan injuriándome estúpidamente, los que me niegan cualquier don literario, cualesquiera profundidad, cualquier sentido de “trascendencia”, los que me acusan de ser un espíritu al que le falta el centro de gravedad, de ser

un vanidoso que se complace en la ambigüedad, de ser un virtuoso desprovisto de sensibilidad; los que me ponen en el desván pues, según parece, estamos en el amanecer de una época de nueva religiosidad de la que yo nada entiendo.

En verdad, en presencia de tales razonamientos, existen como quiera que sea muchas cosas que rectificar y poner en claro, lo cual prueba a mis ojos que no se me “liquida” tan rápidamente como se quisiera. Si he leído con tanta alegría su libro –cuán admirable trabajo independientemente de su tema y de cualquier consideración personal– es porque ahí habla usted de una ideología religiosa que da forma y fundamento a toda mi obra, a toda mi existencia, una noción por virtud de la cual el pensamiento de usted se ve “fijado” y resulta guiado a pesar y más allá de su libre juego intelectual, a pesar de todas las diversiones dialécticas que usted sabe brindarse.

Rara vez he sentido de manera tan intensa como durante la lectura de su libro, cómo vivimos y actuamos en función de un fundamento existencial subyacente que por lo general escapa a la conciencia y al control de sí, pero que impregna, determina y anuncia todo lo que emprendemos.

“Hay que ser así para hacer las cosas así”, es Goethe quien lo ha dicho, lo ha dicho todo, ha sabido decirlo todo mejor que nadie. Pero quizá podría añadirse esto a su máxima: es de la intensidad de “El ser”, digamos más bien de “El ser así”, de donde resulta “la intensidad del hacer”, de la producción, y por esa intensidad existencial se mide el poder de la simpatía y de la antipatía que han caído sobre mí. Por lo demás, ¿no es cierto que, a pesar de todo control de sí mismo por el intelecto, actuamos *con completa ingenuidad* a partir de nuestro ser así, de nuestros principios “religiosos”? Y en fin, actuar ingenuamente ¿no es actuar como poeta?

Acepte usted mi gratitud por haber observado mi vida y mis actos con tanta inteligencia, con tan fina mirada; en su empresa, usted se ha visto, usted también naturalmente, “fijado” por su ser así de hombre de ciencia cuyo interés preponderante se dirige hacia la sociología, la moral, la filosofía.

En cuanto al punto de vista estético, artístico, en cuanto a lo que a primera vista me parece algunas veces *bello* en composiciones como *José, Dr. Faustus*, *El elegido*, durante la lectura lamenté un poco que estuviese ausente de su libro, que contiene tanta riqueza intelectual; pero ¿puedo decir que “lamento”

algo en presencia de la alegría que siento ante tanta verdad y tanto esclarecimiento que solamente han sido posibles gracias a su trabajo de crítico?

Su muy devoto

Thomas Mann

Con esta carta concluye la correspondencia que se acaba de leer. Un año más tarde nos enteramos de la muerte de quien, según la hermosa expresión de François Mauriac, “mantuvo mientras se atravesaba el túnel hitleriano intacta la gloria del genio alemán”. ❧

Pierre-Paul Sagave